

Discurso de Contestación al de la Académica Numeraria, D.^a Ana M.^a Vicent Zaragoza.

Brac, 116 (7-14) 1989

Por Manuel PELAEZ DEL ROSAL
(ACADEMICO NUMERARIO)

Conocí a la gran Ana María Vicent hace bastante años, cuando ni ella, ni mucho menos yo, pudiera pensar que un lejano día íbamos a vernos las caras, en paralelo, aquí, en la Real Academia de Córdoba, en este solemne acto, en esta bella estancia tan medida y tan compuesta, con un lastre histórico imponderable, con una grave responsabilidad, ante una respetable concurrencia, ante las Autoridades, ante el Cuerpo Académico, cuyos miembros todos se avalan con muchos más méritos que el dicente, y junto a los amigos entrañables, compañeros sin exclusión, de esta nueva singlatura cultural, en una tarde larga y avanzada de la primavera.

El tiempo es el único rasero que existe en la tierra y esta telúrica coincidencia, en la que estoy seguro algo han tenido que ver los astros, o mejor las estrellas, porque se trata del ingreso en la Academia como Numeraria de una mujer excelente y capaz, en plena madurez de la vida, y quizás ello ha hecho que a su solicitud intervenga ahora con la carga de cumplir con el Reglamento que me asigna quince minutos para contestar al denso, jugoso y novedoso discurso de ingreso, jugoso y novedoso como no podía ser menos proveniente de un alma femenina, de una valenciana de patria, injertada en el patriciense solar, y como buen esqueje hoy autónoma andaluza por haber superado con creces los diez años que a los bolonios le exigían las leyes para adquirir la nueva nacionalidad.

Doy, por tanto, la bienvenida en nombre de la Corporación y saludo a fruición a la nueva Académica, cuyo discurso de investidura nos ha deleitado y llenado de gozo por la importante aportación científica que hoy se incorpora al acervo ancestral de este Instituto centenario. Y precisamente este año se cumple también con un rito secular, porque en 1889 la Academia tomó en una de sus Juntas el acuerdo de contestar los discursos de ingreso, y esta es la razón por la que yo me encuentro con el ineludible deber de la contestación en nombre de la Academia y de quienes con más solvencia científica -historiadores o miembros de la Sección de Nobles Artes- hubieran estado llamados a hacerla.

No te contesto yo, Ana M.^a, te contesta la Academia, ampliando su elenco femenino, que falta hace. Hemos de estar de enhorabuena por uno y otro motivo.

No pretendo, por consiguiente, justificar la elección, que

está suficientemente justificada. Voy a hacer tan solo algunas precisiones en torno a los sobrados méritos que adornan a nuestra Académica recipiendaria, y dejaré lucubrar mi mente por los senderos remotos de la Roma cuya hálito inspiró a la Córdoba milenaria, que todavía respira aires de grandeza, que se suman a esa otra gran cultura y civilización que siglos más tarde harían de la ciudad metrópoli de todos los caminos del mundo. Y voy igualmente a hacer algunas reflexiones jurídicas sobre las garantías legales en materia de protección del patrimonio histórico-artístico.

Varios han sido los parámetros que han ordenado a lo largo del tiempo la vida intelectual de esta mujer de raíces valencianas, pero de frondosidad andaluza. Vió la luz en Alcoy, "en la millor terra del mon", entre olores de azahar y sal mediterránea. Este horóscopo blanquiazul marcará toda su vida. Trasladada, aún niña, a la capital del Turia buscando siempre la fuerza de un río que le empujará hacia delante, cursa los estudios universitarios y se licencia en ciencias históricas en 1948. Tras algunos años en aquella Universidad Literaria, en la que colaboró con el profesor Ballesteros Gaibrois y Helmut Schlunk -que después fundaría en España el Instituto Arqueológico Alemán- y a los que Ana M^a guarda un entrañable recuerdo y admiración, realiza los cursos del doctorado, siendo profesora ayudante de Historia del Arte, con la ayuda de una beca de investigación de la Institución Cultural "Alfonso el Magnanimo" de la Diputación Provincial de Valencia. En esta época su interés científico se centra en la arqueología medieval y por ello se propone como tema el estudio de la arquitectura gótica de Levante, documentando importantes monumentos histórico-artísticos como la Lonja de Valencia. En esta etapa valenciana se conecta también con otra de las actividades que van a centrar gran parte de su vida. El Museo de Bellas Artes de Valencia, dirigido entonces por el Prof. Garín, centra su atención, y producto de su trabajo será el grueso del material que servirá posteriormente para la edición de los correspondientes catálogos. Publica en aquella ocasión las primeras piezas de época visigoda conocidas de Valencia y, por tanto, pertenecientes a la alta Edad Media, relacionadas con la arqueología y la museística.

Habiendo obtenido otra modesta beca se traslada a Madrid y se incorpora al Instituto Diego Velázquez del CSIC. Como hiciera en Valencia se adscribe de nuevo a la Universidad, siendo nombrada profesora ayudante y luego profesora adjunta a la cátedra de Prehistoria y Etnología que regentaba el Prof. Martín Almagro Bosch, con quien pone en funcionamiento el Instituto Español de Prehistoria y su gran biblioteca, instalada en el mismo edificio del Museo Arqueológico Nacional, del que en 1958 sería nombrado Conservadora Interina. Esta época constituye para Ana María su básica etapa formativa. El contacto con el Museo Arqueológico Nacional, con la biblioteca de la Escuela de Historia y Arqueología en Roma, su participación en congresos y reuniones científicas, los cursos de especialización en el extranjero y sus innumerables tareas derivadas del desempeño de su cargo, fueron sin duda las piezas sillares

que complementaron su ya excelente formación a la sombra de tan sabios maestros agradecidos. No podía ser menos por la fidelidad demostrada y la eficacia conseguida. En 1959 realiza las oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos, obteniendo el número uno de su promoción y accediendo inmediatamente a la Dirección del Museo Arqueológico de Córdoba.

Me imagino que la llegada a Córdoba produciría en Ana M.^a Vicent un sentimiento inigualable. "Córdoba está ahora llena de flores en sus rejas y balcones -dirá años más tarde- en árboles y plantas, de calles y jardines públicos o particulares, de casas pequeñas o grandes, como este palacio o del Museo Arqueológico donde tenemos gitanillas cuajadas, muchas azucenas, bugambillas, geranios, rosas y olor de azahar; anteayer se abrió ya el primer nenúfar del año". Estas palabras pronunciadas en 1987 cuando llevaba 28 años viviendo en Córdoba expresan el sentimiento de su amor a la ciudad, de su cultivo, delicado y apasionado de la flor de la amistad, de su decidida entrega a la ciudad de sus destinos, por los que velaría, combatiría y con éxitos y fracasos, que siempre ha reconocido, iría forjando su vida y su amor a Córdoba.

Hacer un recuento de los estadillos diarios de su quehacer en Córdoba en los seis lustros que ahora se alcanzan excede de los límites de este breve discurso de contestación. El desorden existente en el Museo Arqueológico Cordobés al incorporarse Ana María al mismo arrastraba el peso de los años de incuria y dejadez: "montones de piezas en el suelo, con frecuencia mezcladas las de distintas épocas y culturas; había también piezas al aire libre, en los patios e incluso en la plaza", comentaría en la memoria elevada al efecto. Con la exquisitez del alma femenina comenzaría su ingente tarea, su lucha diaria, clasificando, ordenando, comprobando una a una su existencia en los libros de registro, distribuyéndolas por salas y galerías, al tiempo que atendía al trabajo administrativo, escribía a máquina, echaba al correo la correspondencia, barría las salas, limpiaba las piezas, y todo sola frente al peligro. Poco a poco la labor se haría notar. El Museo Arqueológico restaurado por D. Félix Hernández, su otro gran maestro, iría cobrando paulatinamente su identidad, acorde con la importancia de las piezas nobles conservadas en el mismo. En 1959 cuando Ana M.^a llegó a Córdoba había poco más de 13.000 registradas; en 1987 se aproximaban a 40.000. Si tenemos en cuenta que los bloques se registran por yacimientos posiblemente hoy conserve este Museo unas 300.000 piezas, es decir, ha multiplicado treinta veces sus fondos por arte y magia de Ana M.^a. El trabajo valía la pena. El Museo es principal en su orden. El primero en inscripciones gladiatorias, el segundo o primero en epigrafía latina, el tercero de España en cuanto a esculturas de época romana, el primero en sarcófagos de plomo, el tercero en materiales de época visigoda, uno de los mejores en bronce romanos y tardo romanos, el mayor del mundo en capiteles islámicos antiguos, basas decoradas, decoración parietal árabe y brocales de pozo, el primero o segundo en cerámica y bronce

de los siglos X a XII, el primero en vidrios del siglo X y en epigrafía mozárabe... Los cordobeses no sabemos lo que tenemos en Córdoba. Ana M^a se dió cuenta desde el primer momento y por ello se decidió a luchar, primero tratando de conseguir la ampliación espacial, adquiriendo en fases sucesivas a cargo del Estado varios inmuebles colindantes, y, segundo, potenciando su actividad con prospecciones, excavaciones y trabajos de investigación, como misión básica entre las definiciones y funciones actuales de un Museo.

Hoy, la Biblioteca del Museo Arqueológico de Córdoba posee más de 15.000 volúmenes, lo que le permite ser un auténtico centro de investigación, es lugar de trabajo de muchos universitarios y especialistas, en ella se han formado numerosos profesionales, a ella acuden profesores e investigadores de los más lejanos puntos de nuestra geografía y ella además es, finalmente, la matriz de una revista periódica "Corduba Archaeologica", Boletín del Museo Arqueológico de Córdoba, que lleva a los cuatro puntos cardinales de la ciencia los descubrimientos, los hallazgos, las preocupaciones científicas de quienes son sus principales mentores el Dr. Alejandro Marcos y su esposa.

Hoy, el Museo es, en realidad, un centro universitario, para el que la indolente Universidad debería reclamar la categoría de Instituto al amparo de la Ley de Reforma Universitaria y dotarlo con la ayuda del Estado, de la Comunidad autónoma y del Ayuntamiento y Diputación de los medios precisos, materiales y personales. "Espero que en el Museo me dejen una mesa para continuar los trabajos -decía no hace mucho tiempo Ana M^a, cuando expresaba su vocación por Córdoba-, una mesa para continuar los trabajos empezados y proyectados. No puedo despedirme -añadía- de lo que considero algo muy querido, de mi Museo". Y concluía: "Pido perdón por llamarlo mío".

Dejamos atrás, por ser pública y notoria, su actividad propulsora de la creación del Museo de Artes y Costumbres Populares, su decidida acción para configurar el Museo de Medina Azahara, sus iniciativas para la fundación de museos locales, en suma, su tenaz gestión para promover y elevar la cultura cordobesa.

A lo largo de estos años Ana M^a Vicent ha estado en contacto con los poderes públicos y con las instituciones culturales. Durante un amplio período fue secretaria del Comité Nacional del ICOM (International Council of Museums), organismo dependiente de la UNESCO y también Consejera Provincial de Bellas Artes. En uno y otro cargo demostró su interés y su independencia al servicio de altos fines culturales y sobre todo -ésta es otra de las notas definitorias de su carácter- su actitud defensiva a ultranza del patrimonio histórico-artístico y típico cordobés. En honor a la verdad, fue sin duda ésta la tarea más ingrata. Los años del desarrollo económico, de la autarquía, constituyeron campo abonado para mil y un desafueros. La ciudad necesitaba romper el corsé que le ahogaba desde tiempo inmemorial. La apertura de amplias avenidas arboladas, de parques, del nuevo puente sobre el río, de edificios

elevados, etc. fueron el duro yunque que pusieron a prueba la falcata de su existencia. Sola tuvo que enfrentarse con los graves problemas de Córdoba, con las incomprendiones, con los intereses creados, con la envidia, con los desmanes, con los furtivos... Rechazó de hoz y coza los intentos de soborno económico, la compra por 30 denarios de su honradez profesional y de su solvencia moral. A cambio, tramitó ayudas, elevó solicitudes, promocionó cursos de restauración de monumentos, desarticuló empresas especuladoras y logró despertar la sensibilidad de apáticos senequistas con la colaboración de los intelectuales independientes, de los artistas, de los defensores de la legalidad, de los amantes reales de Córdoba y del gran y sano pueblo llano.

Si como dice el sabio refrán inglés, "somos la huella que dejamos", la estela, el rastro de Ana M.^a Vicent es evidente. Defendió y consiguió la restauración de monumentos como nadie y gracias a ella la ciudad no perdió gran parte de su identidad, de ésta que ahora reclama para su promoción turística y monumental.

Su vida ha sido una vida de acción continua. Notabilísimas, de primer orden fueron las excavaciones realizadas en la Cueva de los Murciélagos de Zuheros. El propio Juan Bernier reconocería años más tarde, al versar sobre la personalidad cordobesa en la cultura de las cuevas, en su libro "Historia y paisaje provincial", que tuvo la suerte de asistir a la primera excavación sistemática y científica de una cueva cordobesa, la de Zuheros, realizada por Ana M.^a Vicent y Ana M.^a de la Cuadra con subvención de la Dirección General de Bellas Artes. Los materiales cerámicos hallados en esta cueva son de los más numerosos, bellos y característicos del Neolítico andaluz, cuyo origen, gracias a esta excavación se ha remontado al quinto o sexto milenio antes de Cristo.

Este aspecto de las excavaciones también ha sido una constante de su vida profesional. Fuera de Córdoba actuó en el Castillo de Montesa, entre otras, y en los alrededores de Córdoba, en Alcolea, en la Barquera, en el Alcaide y en Medina Azahara. A este conjunto dilatado en el tiempo hay que añadir casi una treintena de prospecciones en la provincia, abarcando varias épocas que se extienden desde el período Calcolítico hasta el Tardorromano y Visigodo. A la larga lista hay que añadir más de un centenar de excavaciones y prospecciones en la ciudad de Córdoba. Sin ánimo de exageración podríamos afirmar que Ana M.^a Vicent conoce como nadie el subsuelo urbano, los límites milenarios de la Córdoba prerromana, la disposición de la Córdoba romana y el desarrollo ulterior hasta su conversión en la perla del mundo durante la época califal. Ana M.^a Vicent ha hecho remontar en casi mil años la fundación de la ciudad, ha documentado la existencia de dos foros, el perímetro de las murallas, las necrópolis e innumerables visicitudes que con estos hallazgos recomponen en gran medida el pasado glorioso de Córdoba, su mapa urbano.

En cuanto a sus publicaciones sobre el patrimonio arqueológico se destacan las aparecidas en la revista Ampurias, en el Boletín

del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, en el Noticiario Arqueológico Hispánico, en el Archivo Español de Arqueología, en los Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, en Novedades de Arqueología Cordobesa, en Anuarios de los Museos de Andalucía, en libros homenaje a distintos autores, en las actas de numerosos congresos de arqueología, nacionales e internacionales, y, principalmente, en las revistas 'Corduba' y Corduba Archaeológica.

En 1965, por la Dirección General de Bellas Artes y dentro de la colección Guías de los Museos de España, publicó la del Museo Arqueológico de Córdoba, varias veces reeditada. A esta larga suma de trabajos publicados hay que añadir otra no menos extensa de trabajos en preparación sobre excavaciones, materiales procedentes de ellas, mosaicos, vidrios y decoraciones de importancia como la del palacio califal excavado por D. Félix Hernández en el Cortijo de El Alcaide de Córdoba.

A esta amplia hoja de servicios hay que añadir finalmente las numerosas actividades en defensa y divulgación del patrimonio cultural, materializadas en diversas gestiones para proteger, restaurar o adquirir monumentos arquitectónicos. El contacto diario con el quehacer de la ciudad y con su evolución urbanística le dió la oportunidad de conocer más a fondo casas, plazas, murallas, recintos, estructuras, iglesias y edificios de singular valor. Una numerosa serie de trabajos periodísticos, su actividad como conferenciante y su participación en reuniones y simposios para tratar de asuntos referentes a la defensa del patrimonio cultural la convirtieron en una de las más autorizadas personalidades en la materia.

El discurso que acaba de pronunciar Ana M^a hace unos momentos revela su pericia y su especialización. El estudio sobre los retratos femeninos de época romana conservados en el Museo Arqueológico Provincial de Córdoba, sorprendentes en calidad y cantidad, se encuadran en el ambiente histórico en que vivieron los personajes esculpidos: la emperatriz Livia, localizada en las obras de un solar cercano al Conservatorio, aquella romana que se volvió loca para que la divinizaran en vida; el de Antonio Minor, diademado, como si no hubieran transcurrido dos mil años; o el de Iulia Titi, procedente de la Campiña cordobesa, testimonio de una época más venturosa, salvada de la destrucción de su recuerdo ordenada con posterioridad contra la dinastía Flavia.

De todos los retratos cuya descripción y mensaje ha puesto de relieve la nueva Académica recipiendaria destaca el de Faustina II, que hemos trasladado a la cubierta de la publicación (que dentro de breves momentos les será entregada a los asistentes a este acto). La hija del emperador Antonino Pío y esposa de Marco Aurelio fue venerada en Córdoba, hacia el año 180 de nuestra Era. La proge nie cordobesa y bética de Faustina, sus antepasados procedían de Espejo, serían un buen acicate para el culto imperial. Faustina "hermosa y distinguida" fue feliz en su matrimonio, aunque la envidia

le tildara de lujuriosa y corrompida. El hallazgo de esta pieza constituye un reflejo de la devoción referida.

Pese a los importantes trabajos del Prof. Rodríguez Neila, de Alejandro Ibáñez, de Rafael Contreras, biógrafo de Claudio Marcelo, y otros, la historia romana de Córdoba sigue cubierta bajo el lodo de quince o veinte siglos. El aspecto ahora estudiado diseña una página de esa historia y son un importante instrumento para conocer distintos aspectos de la vida política y social de la Roma provincial.

Las preguntas asaltan nuestra mente, como a la Académica ahora recibida. Quiénes fueran los escultores cordobeses que plasmaron en la piedra y en el mármol las efigies imperiales, quiénes los poetas que cantaron su belleza, quiénes los patricios y los esclavos que convirtieron a Córdoba en capital de la Bética, quiénes los patricios que le dieron señorío y poderío, quiénes los gladiadores que combatieron en largas tardes lúdicas, son unos pocos de los numerosos enigmas que quedan por desvelar. La lección de Ana M.^a en torno a estas cuestiones constituye un estímulo para los sabios y un misterio para los ignorantes. Su discurso nos ha traído luces y destellos. Si el trigo de nuestra campiña fue a Roma, producto del comercio del imperio, el pan que allí se labrara hizo a la urbe fecunda y su parto inundó de cultura nuestra tierra. Córdoba se hizo latina, aunque conservando como una constante propia su fuero interno. Sus leyes -otro de sus enigmas- se debieron fundir con las inspiradas en las Doce Tablas. Todavía abrigamos la esperanza de que Ana M.^a, que tiene un radar especial para descubrir restos arqueológicos, nos pueda, algún día, ilustrar con un discurso como el pronunciado esta tarde sobre la forma de gobierno de la ciudad, sobre sus costumbres y asociaciones, que nos diga algo más sobre el barrio hispano, donde residían nuestros ancestros indígenas, en suma, de las leyes del "ordo colonorum", de la colonia patricia. Córdoba fue la ciudad por ahora conocida que mayor tributo profesó a los cultos orientales. Dioses sirios, Mitra, Cibeles, Tauro-Bolos, etc, fueron objeto de la veneración de los cordobeses, al tiempo que sus gladiadores morían en la arena del circo y sus descendientes o admiradores hacían labrar su epitafio en la zona próxima a Ciudad Jardín, convertida entonces en área funeraria, y de la que el Museo conserva la mayor colección de Europa.

Córdoba, la ciudad más antigua de España junto con Cádiz, debería rendir algún día un homenaje a esos anónimos combatientes, muchos de ellos internacionales y famosos, ora provinientes de Germania, ora de Siria o de las Galias. La atracción de los forasteros para asistir a estos "ludi" sería constante. Córdoba conservaría su florecimiento, como demuestra su titularidad y el amplio espectro de los restos hallados y de los muchos más escondidos. El enigma de la Córdoba romana se suma al de la Córdoba prerromana, cuya antigüedad se remonta a más de un milenio antes de Cristo y se extiende por la larga vega que marca el curso del Guadalquivir, junto a la zona universitaria, en más de dos kilómetros de longitud.

Allí podrá encontrarse algún día, cuando la ciudad se conciencie de su importante destino cultural, y de su identidad histórica, el modo y manera de cómo vivieron los cordobeses nativos, empleados en la industria y en el comercio de la minería y de la metalurgia, aprovechando las vías naturales de comunicación que el ancho Betis -valga la redundancia porque Betis quiere decir río grande, igual que Guadalquivir- le proporcionaba como puerto de embarque.

Esta Córdoba soterrada que duerme el sueño de los siglos recibe diariamente el espaldarazo del descubrimiento. Conviene estimular a las personas que como Ana M^a ha ido encerrando celosamente en el Museo el pasado remoto y próximo de la Córdoba antigua y noble haciendo de él un coliseo vivo y restaurado. Su evocación revive la historia, porque el Museo es, como dijo el Académico Pablo Moyano hace algún tiempo, el mejor argumento de la verdad histórica. Ana M^a acudió al mejor instrumento para conocer la arqueología local y provincial. Fue, como dice Bernier, a la faz de la tierra como una Santa Teresa andariega o como un López de Cárdenas erudito y de esta empresa hizo su vocación. Supo superar su condición económica y social, en un pueblo en donde todavía, a decir de Antonio Arjona, perduran mentalidades medievales, haciendo de su programa de vida un proyecto para pasar de la prehistoria a la modernidad.

Yo soy demasiado joven para responder a tu discurso vital Ana María. La Academia te responde con más de cien años a sus espaldas. Seas bienvenida. La Córdoba que tú amas, tu amor a Córdoba, todos deseamos que siga vivo, que no se marchite y por eso decimos con el poeta Juan Morales Rojas:

Espina y rosa, Córdoba es rosal
que tras la tapia universal se asoma,
se hace latina, y del imperio toma
la luz de su cultura humildemente
para encontrar después entre sus gentes
un Séneca inmortal que ofrece a Roma.

Nosotros te acogemos ahora no con palabras ni con cumplidos, sino con el corazón que estima la labor inteligente, porque la tuya no es cultura de ebullición, sino de madurez y de reposo. Te recibimos verdaderamente de corazón.